

tico del catolicismo español, Juan Pablo II manifestó que llegaba en el cuarto año de su pontificado y en el momento en que se celebraba la clausura del cuarto centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, «esa gran santa española y universal, cuyo mayor timbre de gloria fue ser siempre hija de la Iglesia y que tanto ha contribuido al bien de la misma Iglesia en estos cuatrocientos años. Vengo por ello a rendir homenaje a esta extraordinaria figura eclesial proponiendo de nuevo la validez de fe y humanismo. Vengo a encontrarme con la comunidad cristiana que se remonta a la época apostólica, en una tierra objeto de los desvelos de San Pablo, que esta bajo el patrocinio de Santiago el Mayor, cuyo recuerdo perdura en el Pilar de Zaragoza y Santiago de Compostela, que fue conquistada para la fe por el afán misionero de los siete varones apostólicos, que propició la conversión a la fe de los pueblos visigodos de Toledo, que fue la meta de peregrinación europea a Santiago, que vivió la empresa de la reconquista, que descubrió y evangelizó América, que iluminó la ciencia desde Alcalá y Salamanca y la teología de Trento».

Señaló Su Santidad que venía atraído por la «admirable fidelidad a la Iglesia» y refiriéndose a la historia dijo que «a pesar de las lagunas y errores humanos, es digna de toda apreciación y admiración y debe servir de inspiración y estímulo para hallar en el momento presente las raíces profundas de la identidad del pueblo». Tras referirse a los choques frecuentes entre españoles, dijo que «en este contexto histórico-cultural es necesario que los católicos españoles sepáis recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangelizadora, iluminada por el amor profundo del hombre hermano, para sacar de ahí fuerza renovada que os haga siempre infatigables creadores de diálogo y promotores de justicia, alentadores de cultura y elevación humana y moral del pueblo, en un cli-

ma de respetuosa convivencia con las otras legítimas opciones mientras exijáis el justo respeto de las vuestras».

«No tengáis miedo, abrid, las puertas de Cristo, alentad las energías. Que Dios bendiga a España, que Dios bendiga a todos los españoles con la concordia y la comprensión mutua, con la prosperidad y la paz al apóstol Santiago, patron de España, me encomiendo e invoco a la protección de la Virgen Santísima para que ella bendiga este Viaje».

Juan Pablo II recorrió España desde Sevilla a Valencia, desde Barcelona a Santiago, desde Avila a Salamanca, desde Zaragoza a Madrid y habló de la importancia de Santa Teresa y San Juan de la Cruz para la mística y para la propia Iglesia, habló a los enfermos, a la familia española que apoyo y estimó como núcleo de la sociedad, a los emigrantes, a los pescadores, a los gobernantes y a los jóvenes, que en mayoría también, recibieron entusiastamente al Pontífice allí donde su palabra se alzó, sus manos recibieron ofrendas y sus pasos recorrieron templos y lugares significativos de la tradición de la Iglesia católica en el país.

Juan Pablo II en Toledo

Toledo fue el lugar más cercano a todos los castellano-manchegos de los que visitó el Pontífice. Con presencia de todas las autoridades de la comunidad y de Ciudad Real junto a los obispos de las diócesis de la región, Juan Pablo II entró en Toledo en medio de una multitud que se agrupaba desde primeras horas de la mañana entonando jotas manchegas.

Como venía siendo normal en su visita a otros lugares españoles, Juan Pablo II, procedente de Guadalupe, ocupó toda una jornada en Toledo para luego dirigirse en helicóptero a Segovia. Recibido con cánticos a cargo del coro del seminario de Toledo, de los fieles y del automóvil diseñado para este recorrido, Juan Pablo II celebró la eucaristía y almuerzo en el Seminario.

El día anterior se había cele-

brado la festividad de San Carlos Borromeo, onomástica del Papa. La multitud, en reiteradas ocasiones le cantaba «felicidades», «felicidades», a lo que el Sumo Pontífice correspondía saludando y sonriendo.

**Fué recibido
con cánticos
religiosos,
bailes
populares
y gran fervor
por una
multitud de
castellanos-
manchegos.**



**La totalidad
de las
autoridades
regionales
y locales
y obispos
y sacerdotes
de las
diócesis
asistieron con
Su Santidad
a los oficios
religiosos.**